

RESEÑA

Elena Pierazzo, *Digital Scholarly Editing. Theories, Models and Methods*, Ashgate, Farnham, 2015, 242 pp. ISBN: 9781472412119.

GONZALO PONTÓN (Universitat Autònoma de Barcelona)

DOI: <<https://doi.org/10.5565/rev/anuariolopedevega.289>>

Antes de reseñar lo que el presente libro contiene, hay que dejar sentado lo que no es: no es un repertorio ordenado y razonado de logros concretos en el ámbito de las ediciones digitales ni un manual para quienes —filólogos, ingenieros informáticos o ambos— quieran llevar a cabo una edición de estas características. Tampoco pretende constituirse en oráculo sobre el porvenir de la disciplina, capaz de detectar ventajas evolutivas en unas determinadas soluciones en detrimento de otras. Lo que ofrece Elena Pierazzo (profesora de Estudios Italianos y Humanidades Digitales en la Universidad de Grenoble-Alpes) es un análisis, sólidamente fundado, de los nuevos escenarios conceptuales y de investigación que la Crítica Textual debe contemplar en la era digital, y en los que, quiera o no, tiene que integrarse para seguir pensándose a sí misma.

Para contar las nupcias de Algoritmo y Filología, Pierazzo adopta una estrategia más expositiva que propositiva, que tiende antes a comprender y explicar que a criticar o aventurar, en consonancia con el subtítulo (*Teorías, modelos y métodos*). El volumen tiene un evidente valor propedéutico: sistematiza el conocimiento alcanzado, distingue entre sus niveles heurísticos, discrimina metodologías y formula las preguntas que el nuevo estado de cosas suscita. Es, pues, un mapa conceptual, un libro de protocolos, que no renuncia a adentrarse a veces en perspectivas deontológicas, propias de la dinámica de la investigación en humanidades: la realidad de los proyectos de edición digital con financiación pública o privada, el atractivo de las *digital humanities* para los jóvenes investigadores, la posibilidad de compaginar las necesidades demasiado perentorias de sus carreras académicas con el ritmo lento e

inseguro de realización de estos proyectos, y otros asuntos afines. Pierazzo asume con competencia y ecuanimidad la discusión teórica previa (sobre todo en el mundo anglosajón), con nombres de referencia que se van repitiendo a lo largo del volumen: Peter Robinson, Edward Van Houtte, Peter Shillingsburg, Kenneth Price, Willard McCarty o Patrick Sahle; no faltan, junto a ellos, voces ilustres de lo que ya podemos denominar la tradición filológica del siglo xx, empezando por Gianfranco Contini, pero llegando hasta G. Thomas Tanselle, Jerome McGann, David Greetham o Paul Eggert. En ocasiones —pocas— el lector puede experimentar cierta sensación de paráfrasis, siempre autorizada, de trabajos ajenos, extremo inevitable ante la diversidad de cuestiones tratadas, e incluso estrategia para evitar que la monografía pueda deslizarse del lado de la pura opinión.

Las conclusiones fundamentales del libro admiten pocas dudas. En primer lugar, el paso de una cultura analógica a otra digital es inevitable, y la filología no puede ignorar esta realidad, que ya no es futuro incierto sino rotundo presente. Segundo, la fisonomía que adquieren hoy las ediciones digitales es la de —por abreviar— libros electrónicos, tal como ocurrió hace medio milenio con los primeros impresos con respecto a los manuscritos. Se mantiene, por continuidad cultural y horizonte cognitivo, la ligazón al formato precedente, pero cabe pensar que las ediciones filológicas digitales alcanzarán configuración propia y sus propios medios de expresión y uso. Tercero, el rasgo común de estas ediciones es, a día de hoy, su carácter híbrido: edición impresa y digital conviven y a menudo se ofrecen a la vez, aunque a no larguísimo plazo la primera pasará a ser minoritaria con respecto a la última, más completa y multifuncional (pp. 201-203). Pierazzo niega que estos cambios constituyan una revolución; si nos vale una expresión tomada de la termodinámica, podríamos decir que nos hallamos más bien ante una transición de fase.

El carácter tentativo que aún reina en el mundo de las ediciones filológicas digitales se pone de manifiesto en el hecho de que no haya consenso para designar los objetos generados: se los califica de proyectos, de archivos, de *knowledge sites* (así Shillingsburg, *From Gutenberg to Google*, Cambridge University Press, Cambridge, 2006) o incluso de arsenales (como irónicamente los designa Price, «Edition, Project, Database, Archive, Thematic Research Collection: What's in a Name?», *Digital Humanities Quarterly*, III 3, 2009). Más allá de la discrepancia, todos estos términos apuntan a la idea de incremento, de ampliación del campo de batalla. Pierazzo recalca que los dos adjetivos clave para referirse a las ediciones académicas

cas digitales son «collaborative» y «projective» (p. 194), entendido este segundo término como proceso que tiene que llevarse a cabo. Es cierto: la ecuación que igualaba una obra, un editor y una edición se fractura en el mundo digital, y se piensa por regla general en proyectos con multitud de textos e integrantes, no solo por las dimensiones que tienen que acabar adquiriendo para resultar funcionales (y justificar el dinero invertido en ellos por las instituciones) o a causa de la obsesión actual por los *big data*, sino porque necesitan especialistas de distintos campos, lo que hace inviable en la práctica que los diferentes aspectos del proceso puedan abarcarse con éxito y garantías no ya por una sola persona, sino por un equipo monodisciplinar. A los dos vectores señalados hay que añadir que las ediciones digitales son «mutable objects» (p. 184), entidades tecnológicas que cambian de la misma manera que cambia la tecnología (el libro impreso, desde este punto de vista, es un “dispositivo” que ha culminado hace siglos su desarrollo) y que presentan la ventaja de poder ser modificadas tantas veces cuantas sea necesario. Los “proyectos” crecen, se transforman, son arrumbados, se retoman, perecen, pero raramente adquieren la condición de acabados: está en su naturaleza la posibilidad perpetua de ampliarlos y, sobre todo, de corregirlos y mejorarllos. Este rasgo de las ediciones digitales —la de ser constitutivamente *work in progress*— tiene enormes consecuencias prácticas, expuestas y valoradas en el libro y a las que Pierazzo regresa una y otra vez.

El estudio, dividido en nueve secciones precedidas de un resumen introductorio, se articula según el orden de realización de una edición digital. El primer capítulo («Traditional and Emerging Editorial Models», pp. 11-36), de corte teórico, es una presentación sucinta de las principales disciplinas ecdóticas: la estemática, la teoría del *copy-text*, la crítica genética, con particular atención a aquellas ramas que en mayor medida se ven condicionadas por el entorno digital o incluso han brotado con él: así, la filogenética, intento por aplicar a la edición de textos los algoritmos propios de la biogenética, basada en el “error de copia” que se produce y transmite en las cadenas de genes; también lo que aquí se denomina *social editing*, que tiene que ver con procesos colectivos de edición (*crowdsourcing*) en los que se emplea a un número nutrido de personas, no necesariamente expertos, para procesar una parte del material, y que deriva incluso hacia propuestas lúdicas —gamificaciones— de escasa o nula validez científica. Los capítulos segundo y tercero —«Modelling (Digital) Texts» y «Modelling Text Transmission: from Documents to Texts, and Return», pp. 37-64 y 65-83 respectivamente— son los más abstractos y versan sobre los mo-

de los conceptuales existentes para la descripción y organización de la textualidad, entre los que destacan el *Functional Requirement for Bibliographic Records* (FRBR), que procede de la Biblioteconomía, la *pluralistic text theory* de Sahle (véase un resumen en Franz Fisher, «All Texts are Equal, but... Textual Plurality and the Critical Text in Digital Scholarly Editions», *Variants*, X, 2013, pp. 77-92) o propuestas concebidas íntegramente desde la perspectiva digital, como la *Ordered Hierarchy of Content Objects* (OHCO). El capítulo cuarto («What's on the Page? Objectivity and Interpretation in Scholarly Editing», pp. 85-101) aborda la cuestión de la objetividad en la representación de documentos, para concluir, de forma no sorprendente, que esta no existe, y que aun en los casos que parecen más transparentes hay toma de decisiones, y por lo tanto son posibles transcripciones o representaciones no idénticas de un mismo objeto textual. La cuestión que se desprende, no privativa de las humanidades digitales pero muy conveniente para estas, es que la finalidad de los editores críticos no es una inaprehensible objetividad, sino el rigor, que es cosa bien distinta. En paralelo se consideran también los facsímiles digitales, que han generado alguna literatura favorable y desfavorable, y se advierte contra la confusión, más habitual en estos ámbitos de lo que sería deseable, entre edición diplomática, semidiplomática y crítica. El capítulo quinto («Work and Workflow of Digital Scholarly Editions», pp. 103-125), por su parte, repasa la muy variable importancia que los editores otorgan a los recursos informáticos: desde quienes les atribuyen un papel meramente instrumental, sin impacto en las características científicas del trabajo, sino solo en su difusión, hasta quienes reconocen que las humanidades digitales incrementan las posibilidades de las ediciones críticas, puesto que permiten realizar y mostrar actividades filológicas hasta ahora difícilmente compatibles con la presentación en papel, o pueden aumentar de forma muy sensible los resultados que se ofrecen; para estos últimos, el editor digital es también un codificador. Ahí se dedica atención preferente a la *Text Encoding Initiative* (TEI) como el lenguaje con mayores posibilidades de asentamiento y perduración, sin ocultar que su carácter abierto dificulta un uso homogéneo y que presenta algunos problemas técnicos que no puede superar, como el solapamiento en el etiquetaje.

Los cuatro últimos capítulos se consagran a los procesos posteriores a la culminación “interna” de la edición digital, los que atan a su salida pública, uso y reconocimiento. El capítulo sexto («The Publication of Digital Scholarly Editions», pp. 127-145), dedicado a la difusión, plantea cuestiones que afectan a las relaciones

entre la actividad académica y la editorial, como la presión habitual de las instituciones financiadoras para que se publiquen resultados antes de que se llegue al verdadero final del proceso, y el desafío que supone mantener la continuidad —y por lo tanto la existencia— de un objetivo ambicioso cuando los fondos se agotan. En este y muchos otros aspectos, «humanities [are] still struggling to find a suitable mechanism to deal with open-ended project-based resources» (p. 133). Pierazzo pasa revista asimismo a los distintos soportes de acceso a las ediciones (disco óptico, la Red, libro digital, aplicaciones para tabletas) y señala los problemas asociados: rápida obsolescencia, dificultades para consignar la procedencia de una cita, escollos técnicos inesperados a la hora de modificar las páginas web, desaparición de los “sitios” de Internet en que se aloja una determinada plataforma editorial, etc. Una edición en papel está completa al publicarse, con sus virtudes y limitaciones, mientras que las ediciones digitales «require constant attention after their initial release» (p. 137), cosa que genera, según vamos viendo, y al menos por ahora, un gran «sense of instability» (p. 135). En este sentido, lo que sugiere es que las actualizaciones o cambios en las ediciones no sean libres, sino que se registren de algún modo: aumentará la sensación de estabilidad y sobre todo se podrá reseguir o “trazar” el proceso de modificación, aspecto que preocupa especialmente a las agencias de evaluación.

El capítulo incluye también interesantes reflexiones sobre la desaparición del mediador por excelencia entre los filólogos y su público: las empresas editoriales. Dado que muchas ediciones se realizan en centros de investigación universitaria, puede constatarse la evolución del editor filológico hacia el *publisher* (p. 128). En este punto, Pierazzo trae a colación una serie de proyectos mixtos y colaborativos entre universidades y editoriales, con distintas soluciones: lo digital y lo impreso ofrecen versiones idénticas, en las que lo que cambia es el uso (en un caso se lee y en el otro se busca/navega, como ocurre con el *Henry III Fine Rolls Project*, de Boydell & Brewer); opciones que pueden calificarse de complementarias (la edición Cambridge de Swift, con dieciocho tomos por un lado y un archivo en línea «to support and fill the limitations of the print editions», p. 139); otras que resultan paralelas (se introduce en la edición digital todo lo que no cupo en papel: imágenes, selección de artículos, bibliografía siempre actualizada y con *links*, y datos de centenares de puestas en escena, como en la edición Cambridge de las obras de Ben Jonson). Analiza también la resistencia, hoy todavía generalizada, a renunciar a la

edición impresa: no en vano el presente, con opciones híbridas, «has been called the age of the digital incunabula, whereby the coexistence of new and old, of innovative and traditional is expected» (p. 143). Un último aspecto que toma en consideración, ligado a la cuestión de fuente abierta (*open source*), es la conveniencia de que las ediciones digitales faculten el acceso a los archivos informáticos, para verificar la codificación si así se requiere.

El capítulo séptimo («Using Digital Scholarly Editions», pp. 147-168) contiene disquisiciones sobre las pautas de lectura en el nuevo contexto comunicativo digital, que posterga o aun jubila al mero *lector* en beneficio del *usuario*, claro indicio de la mayor actividad y practicidad que se propone ante los textos. Resulta valiosa, en este contexto, la amonestación de que la discreción de los filólogos, su voluntad de ofrecer un *clear text* y de interferir lo menos posible en la fruición directa de la lectura ha enmascarado la extraordinaria cantidad de trabajo científico que implica establecer ese texto: «[...] the absence of any discussion about the historical nature of the text in public editions fuels a dangerous confidence regarding the stability of texts, as they are presented in an oversimplified way where all problematic areas are smoothed by the regularity of the printed page. In fact, if we accept that the absence of scholarly paratext is what makes the reading edition palatable for the wider public, the same absence is also responsible for many of the misunderstanding about what texts really are» (p. 151). A juicio de Pierazzo, es capital determinar cuál es el lector que los responsables de las ediciones digitales tienen en mente, y considera, no sin razón, que «digital editors are not addressing the needs of the readers/users of printed scholarly editions, nor are they really considering the needs of a wider public, failing to recognise their real target audience and their reading requirements» (p. 154). Podemos añadir que precisamente por esa vía hay un camino interesante por recorrer: ediciones que ofrezcan distintos materiales o resultados, acomodados al tipo de lector que se determine, desde la descarga de un *clear text* en una tableta hasta la impresión del aparato crítico o el desarrollo pormenorizado, con reproducciones digitales, de un *dossier* genético. Quedan, ciertamente, muchas decisiones por tomar, entre otras razones porque faltan datos relevantes sobre quiénes son los usuarios reales de las ediciones digitales y cómo las utilizan (sin que las estadísticas que ofrecen servicios como Google Analytics puedan considerarse, en modo alguno, una respuesta válida).

Ligada a la cuestión del usuario está la configuración de la interfaz, para la

que Pierazzo solo quiere marcar dos reglas: «aesthetics and confidence» (p. 161). Su apuesta es por la interactividad, mediante interfaces que propongan a sus usuarios actividades —de investigación y uso— antes de que las busquen o las necesiten, sin que la localización de las posibilidades de una determinada edición digital se convierta en toda una pesquisa, como lamentablemente sucede demasiadas veces. En este mismo sentido, y pensando en la magnitud de las tareas, aboga por «the inclusion and even recognise interfaces as part of the scholarly output» (p. 167). Pero es un hecho que una interfaz suele ser cara y requiere de grandes habilidades técnicas tanto para crearse como para sostenerse. Por ahí da entrada a las voces detractoras —más que ninguna otra, la de Robinson—, puesto que la interfaz es una presentación que limita la posibilidad de llevar a cabo trabajos individuales (como tesis doctorales), implica necesariamente que una parte de las tareas no la pueden realizar los filólogos y prima el flujo de actividad propio de grandes grupos patrocinados por instituciones bien dotadas. La posibilidad de que el editor trabaje sin interfaces y de que el usuario sea capaz de manejar el material “en crudo” para darle los usos que requiera es un ideal, pero Pierazzo no cree que tal extremo se alcance, porque supondría asumir cargas de trabajo y de decisiones que de momento no son posibles y que, además, muchos investigadores no están interesados en asumir. Un escenario distinto, digno de consideración, son los entornos *wiki*, colaborativos y de utilización no compleja, que permiten reseguir e identificar cada intervención realizada, e incluso deshacerlas.

Aspecto crucial, al que se dedica el capítulo octavo («Trusting the Edition: Preservation and Reliability of Digital Editions», pp. 169-191), es el de la longevidad y conservación de estas ediciones, sobre las que impera una justificada desconfianza. Pierazzo enumera las distintas estrategias adoptadas (bibliotecas que asumen la conservación del patrimonio digital; instituciones *ad hoc* que funcionan como repositorios, como TextGrid en Alemania o la iniciativa de la red liderada por la Universidad de Stanford; equipos responsables de las ediciones que asumen también la responsabilidad de almacenarlas y garantizar su pervivencia) y establece una lógica distinción entre el texto y sus metadatos por un lado, y las interfaces por otro: «Provided that the text of a digital edition is encoded following an international standard and equipped by a suitable set of metadata, then it should be relatively easy to preserve and, if necessary, to migrate; the same cannot be said for the interface» (p. 173). Si bien el consejo práctico que parece más adecuado sea disociar el

trabajo filológico de los formatos de salida y las infraestructuras de publicación, Pierazzo nos advierte de que tal solución limita el espíritu de la investigación, al empujar a esta o bien a la creación de herramientas nuevas para los datos ya existentes o bien, simétricamente, a la producción de datos que puedan leerse y manipularse con las herramientas disponibles. Cierta limitación técnica parece el precio que, de momento, hay que pagar por la durabilidad, la protección y la validación. En suma, «*Best practices, such as the choice of the right data format, the provision of lightweight and “disposable” interfaces and the distribution of sources, may make it possible to preserve the editions, but they will not necessarily make it feasible*» (p. 187).

Un segundo asunto abordado en el capítulo es el de la valoración institucional de las ediciones digitales, difícil de establecer porque implica —en los casos de ediciones de nuevo cuño— un marchamo de calidad filológica pero también otro relacionado con muchos de los aspectos mencionados hasta ahora (decisiones de marcado del texto, información disponible y acceso a la misma, características de la interfaz, dispositivos de lectura, etc.), cuyos equivalentes ni se consideran en la reseña de una edición crítica impresa. La respuesta —podemos añadir— será un tipo de reseña que reconozca los distintos méritos que se dan cita en estos proyectos, que rara vez serán atribuibles a una sola persona ni ofrecerán un solo cauce de investigación. Acaso este modelo tan acusadamente multidisciplinar solicite ser asediado desde más de una perspectiva —al menos la filológica y la técnica—, por más que sea siempre deseable la fusión de todos los componentes en un solo análisis. Pierazzo menciona algunos marcos existentes, como NINES (para ediciones digitales de textos ingleses y americanos entre 1770 y 1920) o MESA (para los medievales), así como las indicaciones de la MLA de 2011 y 2012. A ello cabe sumar una plataforma como la revista *Scholarly Editing* (anuario de la Association for Documentary Editing), que acoge ediciones concretas y también reseñas, y sobre todo *RIDE*, una revista consagrada a la valoración científica de ediciones digitales. Unas y otras fuentes van generando hábito y autoridad, indispensables para el reconocimiento científico y la discriminación en virtud de la calidad y el rigor.

El libro finaliza con reflexiones sobre «The Present and the Future of Digital Scholarly Editions» (pp. 193-208), capítulo más breve y que funge de conclusión, con un apartado de consideraciones éticas, que señala la desigualdad de oportunidades desde las que los investigadores pueden acometer una edición filológica de estas

características, circunstancia que penaliza a los profesionales incipientes, paradójicamente los más familiarizados con el nuevo entorno tecnológico. Para acabar, Pierazzo se formula dos preguntas básicas. Primero: ¿las ediciones digitales son algo sustancialmente nuevo o más bien lo mismo que existía pero en otro canal o medio? Entre ambos extremos concluye que hay elementos de clara continuidad que no van a variar sensiblemente (el propósito de editar y sus características seguirá siendo el mismo), junto a otros que representan un verdadero cambio, y no duda de que hay que asumir las transformaciones profundas en formatos, métodos, heurística y hermenéutica de la edición, tal como el estudio ha puesto de relieve. Segundo: ¿merece la pena el nuevo camino recién hollado? Ahí el entusiasmo le gana por una vez la partida a la prudencia y Pierazzo afirma, rotundamente, que no hay duda de que «[there] are so many research paths that can be pursued that the worthiness of the endeavour cannot be doubted [...] the challenge ahead is exciting and invigorating» (p. 208). Sin ese entusiasmo, del que sabe distanciarse durante la exposición, sería difícil entender que hubiese escrito un libro tan informado, meditado y útil como este.

(N.B.: recomendamos al curioso lector la reseña de este libro realizada por Paola Italia en *Ecdotica*, XIII, 2016, pp. 245-256.)